

Curso Sistemático

Teología de la Vida Religiosa

4-29 de julio
de 2011

La formación es un proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser y, al mismo tiempo, aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo
(Vita Consecrata, n. 68)

DESTINATARIOS:

Todas las personas consagradas, interesadas por renovarse según las exigencias de la Iglesia y de la teología actual.

ASIGNATURAS AÑO B:

La vida religiosa, vida carismática
Historia de las formas de vida religiosa II
Cristología de los consejos evangelicos
Historia de las formas de vida religiosa I
Espiritualidad en la vida religiosa
María y la vida religiosa
Teología de la Comunidad Religiosa
Misión apostólica y vida religiosa

HORARIO:

De lunes a viernes de 9 a 13 horas.
Puede consultarse en www.itvr.org

Secretaría:

Tel. 91 540 12 73

Fax 91 540 12 28

e-mail: secretaria@itvr.org

Juan Álvarez Mendizábal 65 dpdo
28008 Madrid

www.itvr.org



UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA



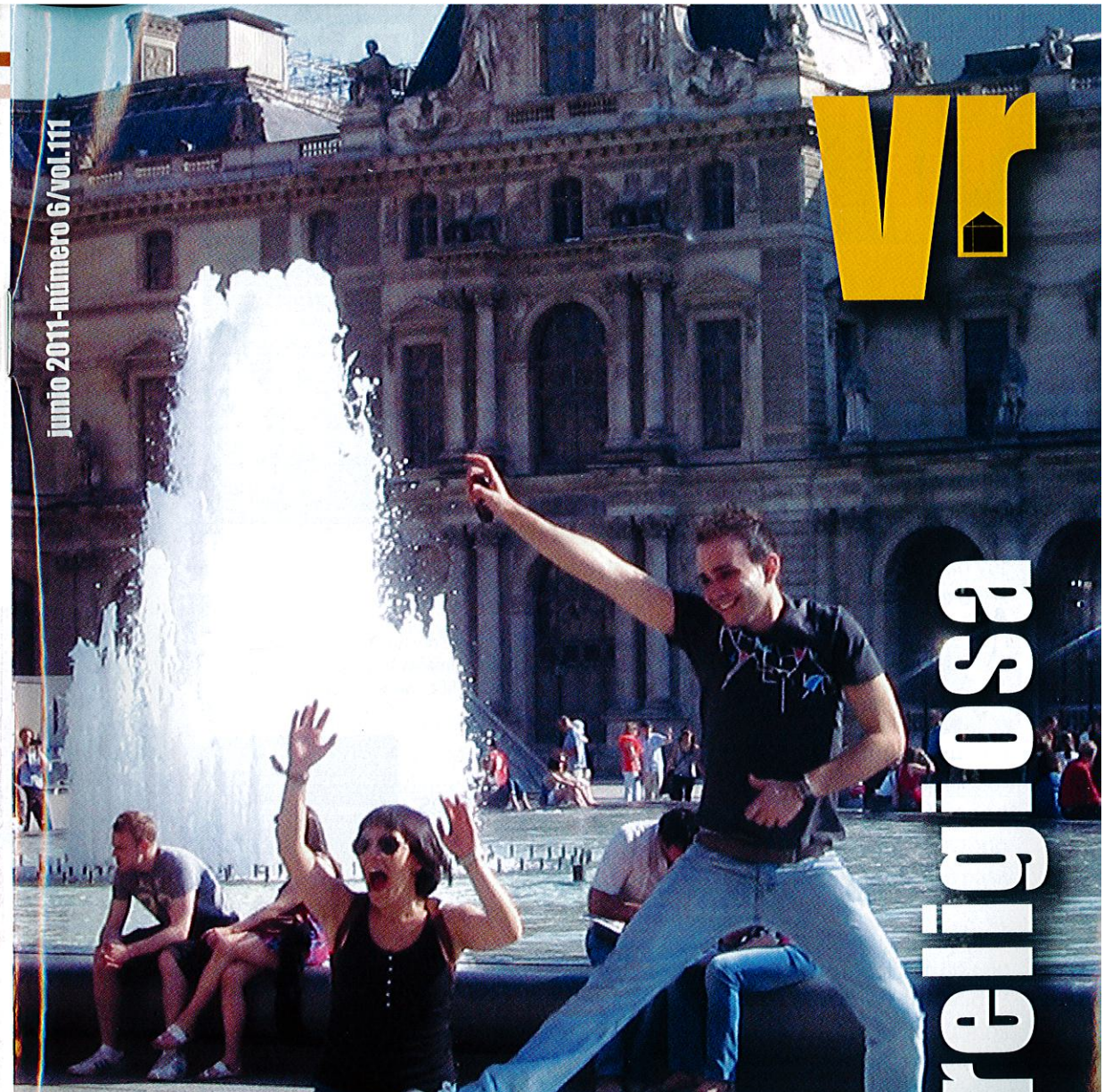
ITVR
INSTITUTO TEOLÓGICO
DE VIDA RELIGIOSA



ESCUELA REGINA
APOSTOLORUM

Junio 2011-número 6/vol.111

VR



¡Y si damos un salto!

**Jóvenes profesos:
algunos riesgos de la etapa**

**40 Semana de Vida Religiosa:
«mística y testimonio»**

vida religiosa



EDITA:
 obreros Hijos del
 oración de María
 (Claretianos)
 DIRECTOR:
 A. Gonzalo Díez
 SUBDIRECTOR:
 Pedro Sarmiento
 JO DE DIRECCIÓN:
 Aquilino Bocos,
 Facio Fernández
 O DE REDACCIÓN:
 Asunción Codes,
 Hernández-Carvajal,
 Martínez Lozano,
 Luisa González,
 Quim Erra i Mas,
 Segundo L. Pérez
 EDICIÓN:
 co J. Caballero.
 Depósito Legal:
 M-2.582-1.958
 SN: 0211-9749
 CIACIÓN Y DISEÑO:
 Eli López-Pastor,
 Angeles González
 o M. Sarmiento
 o de portada:
 co J. Caballero
 IMPRIME:
 as Montano, S.A.

ÍNDICE

- 04** Pensando en voz alta, *Seán D. Sammon*
05 «Los obispos queremos acompañar y animar la vida religiosa». Entrevista a Mons. Vicente Jiménez, *L. A. Gonzalo Díez*
11 «Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa», *Luis M^a García*
20 Desde el corazón de la ciudad, *José Miguel Núñez*
21 Retiro: Estaba allí la Madre de Jesús, *Mamerto Menapace*
29 Galería de Ancianos: Rebeca o el lazo vinculante, *Ángel Aparicio*
33 Sin vida evangélica cunde el escepticismo, *Jesús Espeja*
34 La fragua en la vida cotidiana, *Gonzalo Fernández*
37 40 Semana de Vida Religiosa: «Mística y testimonio», *Francisco J. Caballero*
42 Noticias
45 El amor no sabe decir basta, *Leontine Nbock*
47 Regalarnos una tarde, *Mariola López*
48 Lectura recomendada, *Francisco J. Caballero*

Encuentro de preparación para la Profesión Perpetua

4-12 de julio
de 2011

En vísperas de la profesión perpetua, este encuentro ayuda a releer la historia vivida y a profundizar la decisión definitiva de seguir a Cristo en la vida consagrada.

CONTENIDOS

Núcleos esenciales de la vida religiosa:
Vocación, Consagración, Misión, Votos, Comunidad.

MÉTODO

Exposición doctrinal, participación activa (personal y grupal), celebraciones litúrgicas, espacios de oración y convivencia.

COORDINA

Equipo de profesores de la Escuela *Regina Apostolorum*: Carlos Martínez Oliveras, cmf, María Luisa González, pym y Alejandro Carbajo Olea, cmf.

LUGAR

«Seminario Claretiano»
C/ Corredera, 1
COLMENAR VIEJO (Madrid)

Secretaría:

Tel. 91 540 12 73

Fax 91 540 12 28

e-mail: secretaria@itvr.org

Juan Álvarez Mendizábal 65 dpdo
28008 Madrid

www.itvr.org



«Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa»¹

Luis María García Domínguez, SJ
Formador de la Compañía de Jesús,
Salamanca (España)

La etapa de formación posterior al noviciado (el juniorado) es importante porque en ella cuaja la verdad de la vocación, se prueba y purifica en la vida lo que empezó como un idealismo generoso en el corazón y en definitiva se consolida la consistencia del religioso o religiosa. Pero esta etapa resulta también especialmente vulnerable por la diversidad de los retos institucionales y formativos que se deben afrontar, así como por la dificultad personal de integrar todas las dimensiones antropológicas y espirituales que se ponen en juego.

En estas páginas indicaremos algunas estrategias negativas que los jóvenes religiosos pueden emplear para afrontar las tensiones más propias de esta etapa. Lo haremos con un enfoque más intrapsíquico que institucional, aunque sabemos que no todo depende de la

responsabilidad del joven religioso. Pero entendemos también que, en definitiva, es en el propio corazón donde cuajan, para bien o para mal, las influencias externas y las internas, la presión cultural y las propias tendencias, las limitaciones institucionales y las apetencias más íntimas del psiquismo.

Los resultados de una buena formación vocacional se pueden formular de distintas maneras, pero la palabra integración puede evocar mucho de lo que la Iglesia desea de ella. La integración ordenada de todas las fuerzas psíquicas y espirituales activas en la persona debe favorecer la unificación de la persona en torno a la identidad vocacional, la mayor armonía entre vida comunitaria y misión, el equilibrio entre vida interior y actividad, el acierto entre la justa realización personal y la entrega abnega-



UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA



ITVR
INSTITUTO TEOLÓGICO
DE VIDA RELIGIOSA



ESCUELA REGINA
APOSTOLORUM

da a un proyecto carismático. Una persona integrada tenderá a mostrar una mejor inteligencia emocional, una sociabilidad no dependiente, un liderazgo modesto, una eficacia cálida y una profundidad de sentido capaz de ser comunicada a los demás.

Pero alcanzar esta integración requiere el diálogo lúcido con los distintos dinamismos internos que nos habitan, pues la integración tiene que aunar fuerzas internas divergentes; las cuales motivan y configuran los comportamientos de cualquier persona de este mundo, aunque se acentúan en las personas con vocación.

ALGUNAS CLAVES ANTROPOLÓGICAS

Algunas claves de un esquema antropológico más complejo² nos ayudarán a comprender mejor las dinámicas problemáticas que vamos a presentar. En primer lugar, todas las personas tenemos una capacidad de ser atraídos por valores de todo tipo, y concretamente los consagrados hemos sido atraídos por valores evangélicos y vocacionales³. Esto forma parte sustancial de nuestro yo-ideal, que sostiene una dimensión espiritual y cristiana, consciente y libre, que responde a dichos valores, en forma de comportamiento virtuoso. Estos valores son fuente de motivación, fundamento de decisiones vitales. Ejemplos de estos valores son la fe, la esperanza y la caridad; la entrega al anuncio del evangelio; la pobreza, la castidad y la obediencia, etc. Pero no hay que olvidar que tene-

La integración requiere el diálogo lúcido con los distintos dinamismos internos

mos también la capacidad de captar valores de tipo natural, que están delante de nosotros y nos atraen como personas normales y sociales que somos. Por ejemplo, valores como la salud, el buen nombre, la convivencia, el éxito personal y muchísimos otros; valores que a veces se mezclan con los anteriores en nuestro mundo simbólico.

En segundo lugar, nos funciona también a nivel motivacional otro conjunto de fuerzas psíquicas que nos empujan a satisfacer necesidades, a realizar tendencias, a veces a ser movidos por algo muy semejante a los instintos. Estas fuerzas constituyen nuestro yo-actual, que impulsa también nuestra motivación en situaciones que nos puede hacer más racionales o menos, incluso más normales o menos. Ejemplos de estas necesidades son la aceptación social, la estima ante otros y ante nosotros mismos, la reacción ante las dificultades, el deseo de querer y ser queridos, nuestra relación con el trabajo...

Pero, en tercer lugar, entre la atracción de los valores y la pulsión de las necesidades se establecen tensiones inevitables, que son normales y no patológicas. Y así se forma una dimensión intermedia con sus dinámicas propias, que podemos llamar dimensión de la autenticidad o de la apariencia, de la verdad o del engaño involuntario, que es una dimensión prevalentemente inconsciente. Por ejemplo, podemos querer el éxito personal y también la humildad evangélica. ¿Cómo conjugarlo? Queremos dar, pero también recibir. ¿Qué predomina? Queremos vengarnos, pero también perdonar: ¿cómo conjugamos estas dos fuerzas interiores? Deseamos ser amados, pero también volcarnos en un amor oblativo: ¿cómo resolvemos esta tensión? Y así tantas otras que configuran toda lucha espiritual⁴.

En resumen: nuestro comportamiento tiene explicación espiritual y natural; consciente e inconsciente; descriptiva y motivacional; super-

ficial y profunda. Esta tensión inevitable entre el yo-ideal y el yo-actual, consciente o inconsciente, condiciona mucho de nuestra conducta. Y esto sucede también (y quizá especialmente) en esta etapa del Juniorado. Pues el junior o la juniora, liberados del túnel del noviciado, y menos sujetos al yugo de la institución formativa (o, en otros casos, del nido acogedor), suelen sentir que aquellos dinamismos no tan espirituales vuelven a surgir con nuevas fuerzas en sus vidas cotidianas. Y así aparecen los riesgos que describimos a continuación.

LOS RIESGOS

Nos referimos a situaciones existenciales o de fenómenos más o menos habituales que hemos observado en esta etapa. Son situaciones de riesgo, porque representan modelos de comportamiento menos maduros y no favorecen un crecimiento formativo. Pero no se trata de una tipología (clasificación), sino de algunas dinámicas existenciales más o menos frecuentes, que tampoco son excluyentes entre sí.

1.- EL REBAJAMIENTO DEL IDEAL

Se trata del agotamiento de los ideales iniciales, el regreso al realismo craso tras la ilusión del noviciado, la acomodación empírica a las circunstancias de la vida y a los tiempos recios que corren. Es relativizar las convicciones que se tenían en el noviciado, esforzarse menos en las obras virtuosas, a veces casi heroicas, de la etapa anterior.

Hay una constatación estadística de este fenómeno⁵, que también se verifica por la observación cotidiana, de que dos o tres años después de los primeros votos la mayoría de los juniros y junioras desciende en dos variables. La primera, que sus ideales son menos elevados que al comienzo del noviciado; que aspiran a cosas menos espirituales, menos elevadas. Por ejemplo, ya no desean dar su vida por Cristo, sino que desean más bien cuidarse para Cristo;

El sentimiento auténtico va acompañado de otras motivaciones ocultas

no hablan tanto de ofrecerse para misiones lejanas y difíciles, sino que juzgan que en su entorno hay mucho que hacer; y así en otros aspectos.

La segunda variable que desciende es que sus comportamientos son menos virtuosos que al comenzar su noviciado. Por ejemplo, ya no se sacrifican tanto por los demás, no oran tanto, ya no hacen el trabajo tan abnegadamente, no son tan generosos o entregados como al comienzo del noviciado, sus relaciones con la familia son menos desprendidas y más apetecidas.

¿Por qué este proceso constituye un riesgo? Efectivamente, es un riesgo y no es manifestación de un realismo más maduro. Lo es porque Jesucristo fue el hombre más idealista del mundo, aunque ciertamente con un idealismo encarnado y concreto; porque sin ideales ni se puede seguir a Jesús ni se ha cambiado nada (grande o pequeño) en la historia de la humanidad; porque una vida consagrada sin ideales no se sostiene. Es un riesgo porque sin ideales el motor antropológico no se mueve, la motivación no se activa y la persona no se siente motivada a dar lo mejor de sí misma. Y así el sujeto se detiene en su crecimiento, se apoltrona en vez de caminar, se acomoda a la figura de este mundo en vez de configurarse conforme al ideal de Jesucristo⁶.

¿Cuál sería la explicación de esta situación? Ciertamente, durante el noviciado existe un cambio real de los ideales (que se elevan) y de

los comportamientos virtuosos (que mejoran); pero ese cambio en la dimensión espiritual consciente no es acompañado en el mismo período por un cambio más profundo en la dimensión del conocimiento de sí y de las motivaciones profundas. Por lo cual esa dimensión más profunda y duradera constituye el fundamento que no cambia y que, a medio plazo, tira hacia abajo de la dimensión espiritual que ha crecido. Por lo cual, el cambio consciente y voluntario del yo-ideal que sucede en el noviciado no es acompañado por el cambio del yo-actual, más latente e involuntario; los valores vocacionales no adquieren consistencia y se desmoronan en el medio y largo plazo, como la casa construida sobre arena⁷.

Veamos algunas situaciones posibles. Tal vez la pobreza asumida y practicada en el noviciado no se apoya solamente en el seguimiento de Cristo pobre, sino también (juntamente) en una humillación psíquica, en cierto sentido de inferioridad, en una baja estima de sí o en la culpabilidad; o quizá (en otros casos) se fundamenta de modo inconsciente en el exhibicionismo, en la autoafirmación indirecta o en la agresividad social. En todos estos casos resulta inconsistente.

O tal vez la castidad no se refleja solamente el seguimiento de Cristo que atrae y polariza, ni en un amor oblativo y universal a los demás. Si no que ese sentimiento auténtico va acompañado de otras motivaciones ocultas como puede ser el retraimiento afectivo, la represión

Toda vida cristiana ha de considerar las motivaciones profundas

de los sentimientos o una sublimación prematura; o bien una afectividad volcada en los demás que es profundamente compensatoria; o en el desplazamiento de sus afectos profundos a objetos lícitos y relaciones permitidas, pero que gratifican afectivamente al que se entrega.

O quizá la obediencia no es sólo y puramente sumisión a la voluntad del Padre del cielo, sino que se mezcla con ella una humana aceptación de la autoridad constituida, o la aceptación de la mayor sabiduría o experiencia de otros, o simplemente el miedo a arriesgar y a tomar decisiones. O, por el contrario, está latente una autonomía no desarrollada antes, con cierta rebeldía ante la autoridad y una apariencia de independencia madura que encubre los conflictos con esas figuras de autoridad.

2.- LA HUIDA HACIA DELANTE

Llamamos así a la huida hacia el espiritualismo, hacia el refugio espiritual en unos fundamentos alejados de este mundo. O, en otra modalidad, una fuerte identificación con figuras significativas que encarnan un rol muy claro (pastoral, religioso, institucional) que aporta seguridad, identidad y proyecto a quien no los tiene.

¿En qué consiste el riesgo del espiritualismo? En quedarse en el estereotipo, en el cliché, en el dominio del super-yo (por utilizar un lenguaje freudiano); quizá con el peligro añadido de despreciar a los que no son tan fieles. El espiritualismo suele ser desencarnado, no considera las dimensiones antropológicas de la naturaleza humana, cree superar las fuerzas psíquicas más problemáticas mediante el control de la represión, el aislamiento y una ingenua sublimación. Pero toda vida cristiana ha de considerar las motivaciones e intenciones profundas⁸.

En el caso de la identificación con un rol religioso fuerte se trata de una opción "postiza",

porque refuerza el propio yo-ideal con un andamiaje exterior, pero no se construye la identidad con una estructura fuerte interna; porque busca fuera (en personajes, instituciones, imágenes, funciones o ritos precisos) una seguridad que no tiene dentro de sí. Porque encuentra una identificación intensa con roles y funciones bien delimitados, pero no internaliza una identidad nuclear de la que posteriormente surjan los comportamientos o funciones. El Bautista no era el mayor de los hijos de mujer por vestir piel de camello o comer miel silvestre, sino por ser coherente con su vocación profética; pero al que se identifica con el rol le llama más la atención lo primero que lo segundo.

¿Hay alguna explicación de esta situación? Por lo que hace el espiritualismo, éste puede aparecer cuando se tienden a reprimir y a ignorar los impulsos psíquicos difíciles de integrar. Por eso, frente a un mundo afectivo siempre impredecible, se actúa con un esfuerzo demasiado racional y voluntarista de control y no de integración. Eso produce aislamiento y represión de las emociones conflictivas, junto a una excesiva intelectualización o justificación de conductas "correctas", apoyadas en el mejor de los casos en una sublimación sin fundamento.

Por otro lado, una fragilidad en la propia identidad puede buscar una identidad externa fuerte que le proporcione la seguridad de que carece. Esa identificación, que ayuda a crecer en una fase "adolescente" de la vida, no es beneficiosa en etapas adultas, porque la identidad aparentemente fuerte sólo es de otros y no se hace propia; se sigue dependiendo largamente de figuras, modelos y referencias externas¹⁰. Con el peligro añadido de ser deslumbrado por rasgos llamativos, pero sólo accesorios (y no nucleares), de un modelo incluso que puede ser válido.

3.- LA ENTREGA DESMEDIDA

Se trata de la generosidad agotadora en la entrega a los demás; es volcarse con todos, gastar

El joven no cree necesitar afecto pero lo busca donde intuye que puede haberlo

su tiempo en los demás, hacer a los otros más bien que a uno mismo. El objeto de esta predilección apostólica y afectiva puede ser muy variado, como la propia comunidad, o algún miembro más débil de la comunidad. Otras veces es el apostolado: la catequesis, un grupo cristiano de jóvenes; un movimiento eclesial en el que se está comprometido; un proyecto social; una causa de cualquier tipo; etc.

En estas situaciones el acento se pone en lo afectivo, pues hay mucha implicación emocional en esa entrega, con una entrega que desde fuera se percibe como un poco indiscreta. Juntamente pueden estar presentes elementos ideológicos, que justifican y fundamentan dicha entrega ante uno mismo, ante sus superiores o ante la comunidad que quizá le cuestiona su modo de entregarse.

Constituye un riesgo porque no es discreta (no es discernida) sino más movida por el impulso emotivo que por una elección ponderada racional y espiritualmente. Existe también el riesgo del agotamiento afectivo y de un vaciamiento interno. Generalmente también se descuida a los cercanos, que más fácilmente podrían aportar más naturalmente el apoyo afectivo que todos necesitamos. Y constituye un riesgo vivir de un sentimiento vicario y no de un sentimiento propiamente personal; de sentir con los otros, pero no percibir los niveles emocionales profundos que porta en su corazón.

Además, se pueden generar ansiedad, insatisfacción y, en definitiva, frustración¹¹. Y esto

porque el afecto implicado no busca derechamente la gloria de Dios y el bien del prójimo, sino que pretende sin saberlo satisfacer algún vacío personal, alguna carencia normal, pero no reconocida por el sujeto. Quiere a la vez dos cosas incompatibles entre sí.¹²

La explicación de esta exagerada implicación pastoral puede relacionarse con cierta culpabilidad latente; se trata del apostolado "ético", el que "tiene que" hacer y entregarse, porque de lo contrario siente la culpabilidad psicológica de su egoísmo; pero tal motivación no es religiosa. Otra posibilidad es que debajo de la entrega afectiva subyace una búsqueda de afecto por medio de una identificación psíquica ("ellos son como yo") o a través del mecanismo de la proyección ("ellos necesitan que les quieran"). En todo caso, es claro el carácter inconsciente y no culpable del proceso; el joven o la joven no creen necesitar afecto, pero lo buscan donde intuyen que lo pueden hallar.

4.- HACERSE EL PROPIO PROYECTO

Sería "buscarse la vida" dentro de la congregación realizando un proyecto personal que satisficiera. Puede ser el plan académico de cursar unos determinados estudios (filología, psicología, derecho canónico), o de estudiar en algún lugar determinado (en Roma, en Alemania, en Estados Unidos, en Brasil). O alcanzar un determinado nivel de estudios (grado, máster, doctorado). O realizar determinados cursillos de crecimiento personal, de autoconocimiento, de pastoral, de cualificación

El religioso
ha renunciado al propio
proyecto para
vincularse al de Jesús

profesional. O empeñarse en un proyecto apostólico muy personal en un centro pastoral o social o en una obra educativa. El acento de esta figura es que el proyecto es propio y el sujeto se lo apropia; aunque podría ser una actividad que hace el bien a otros y que está bien desempeñada y valorada.

Subyace el riesgo del personalismo, de la dominación sobre la gestión del trabajo y de personas implicadas (los colaboradores y los destinatarios). O el peligro del individualismo, pues el trabajo en equipo des-apropia de los proyectos apostólicos; o el de la realización personal de quien necesita logros para su autoestima, mediante una excelencia cristianamente estéril.

¿Cómo explicar estas situaciones? Ciertamente, es muy natural el deseo de realizar un proyecto significativo. Pero el religioso ha renunciado al propio para vincularse únicamente al de Jesucristo y de su Iglesia (a través de su congregación). Esta vuelta al propio proyecto puede producirse por el apagamiento de los ideales evangélicos (ya no valora el tesoro que había encontrado)¹³, y esos ideales no tiene fuerza de motivación para entregarse a un proyecto en el que el propio yo parece desaparecer. Otra explicación es la necesidad defensiva del éxito, del triunfo, de realización en el ámbito profesional; el rol social resulta más importante para la autoestima que hacer lo que Dios quiere, lo que su misión pide¹⁴. Un éxito que trata de compensar otras deficiencias, como la dificultad para afrontar la irrelevancia social, la crítica ajena o una frágil identidad personal (humana o vocacional). Aunque, obviamente, no todos los que desean estudiar ni los que triunfan en la vida consagrada están compensando sus complejos...

5.- EL ACTIVISMO DISPERSO

Vive así quien está en todo y no profundiza en nada; quien va de aquí para allá entre las ta-

reas propias de un joven religioso (estudiar, vivir en comunidad, hacer algún apostolado, salir con los amigos, etc.), pero lo vive en sucesión de secuencias inconexas, sin profundizar en las relaciones, sin que ello se implique en su oración, incapaz de estar simplemente consigo mismo. Vive distraído. El acento en estas situaciones está en la multitud de objetos de atención, en la atracción de muchas cosas interesantes. Parece caer en la tentación de saberlo todo, de experimentarlo todo; de probarlo todo¹⁵, pero deseando retener todo y no sólo lo realmente valioso.

Constituye un riesgo porque en esta situación no rige una jerarquía de valores, no se seleccionan opciones prioritarias, no se percibe el lugar de cada cosa en el conjunto, no hay un "para qué" que sea claro. Esta persona no integra, sino que acumula; pero la acumulación cuantitativa sólo puede asimilar hasta un punto de saturación, a partir del cual sólo ayuda a crecer el cambio cualitativo que esta persona no realiza.

Puede haber varias explicaciones de este activismo disperso. Una es la incapacidad de seleccionar, de escoger lo mejor, de elegir entre varias opciones, por no tener una jerarquía de valores internalizada que se active en las situaciones concretas. Otra posibilidad es la vivencia interior de cierta grandiosidad y hasta de oculta omnipotencia, por la que se intuye que se puede con todo y que todavía no están definidos los límites del probar, experimentar, conocer o responder. Puede existir la frustración de quien quiere satisfacer múltiples necesidades, sin una dinámica motivacional predominante y más o menos estable.

Estas situaciones manifiestan una excesiva ansiedad personal que, si es muy prolongada y repetida, y unida a una estable inestabilidad, puede reflejar cierta fragilidad psíquica. Eso es así cuando también refleja la incapacidad de gestionar la diversidad, cuando no se percibe

El camino
formativo requiere
acompañamiento para
evitar distorsiones

una idea estable y no contradictoria sobre lo que se quiere ser y hacer, cuando no aparecen claros los fines de esa vida, los propósitos personales. Si estas dinámicas son muy marcadas y prolongadas podrían ser señal de una verdadera desorganización psíquica.

6.- EL DESÁNIMO EN LA LUCHA ESPIRITUAL

El último riesgo que deseamos señalar es el desánimo en esta lucha antropológica que es toda lucha espiritual, desánimo que puede llegar hasta el abandono de la vocación sin discernimiento suficiente o sin ninguna confirmación eclesial. Puede suceder por muchas causas inmediatas, como el cansancio con la comunidad o con el proyecto común; por el deseo de autonomía frente al control de la comunidad o de los superiores; por buscar un refugio afectivo en la relación de pareja (quizá idealizada) frente a un afecto oblativo y universal más austero.

Hay que tener mucho respeto por las personas que toman este tipo de decisiones, aunque nos puedan parecer equivocadas; pero este rendirse ante la dificultad no parece una opción humanamente muy válida, porque no se hace un verdadero discernimiento. Es arriesgado decidir sobre la propia vida en la oscuridad y en la desolación, en vez de decidirlo en la claridad y en la consolación espiritual¹⁶. Es un riesgo tomar decisiones espirituales sin el contraste de otro que pueda objetivar lo que sucede. Un abandono como el que indicamos parece remitirse solamente a las propias fuerzas ("no pue-

do más”) y no cuenta con las de Dios (“sé de quién me he fiado”)¹⁷.

Por lo tanto, la explicación del abandono de la lucha vocacional puede tener que ver con una falta o deterioro de valores consistentes para hacer frente a las crisis, a las contradicciones, a los avatares de la vida. Puede ser una frustración del proceso de maduración de un idealismo vocacional inicial (que es válido), pero que debe pasar por la purificación de las motivaciones para que madure. Otras explicaciones de este abandono de la lucha vocacional pueden derivar de una expectativa fallida o un afecto frustrado; o sucede cuando el joven o la joven apoyan su seguimiento en fuentes externas de seguridad por medio de la identificación, de la dependencia afectiva, de la admiración deslumbrada hacia personas o instituciones. Aunque, como también sabemos, algunas personas también toman su decisión de abandonar la institución vocacional de modo humano y espiritualmente maduro.

CONCLUSIÓN

Se han señalado algunos riesgos que pueden tentar a los jóvenes profesos en su etapa de juniorado, situaciones que generalmente se presentan bajo apariencia de bien; y nos hemos fijado en las dinámicas internas (psicológicas y espirituales) que pueden explicar dichas situaciones. El modo de afrontar más positivamente estas tentaciones pasa por reconocer motivaciones humanas y vocacionales mezcladas en cada uno de nosotros, por discernir las dinámicas divergentes de ambos tipos de motivación, y por asumir con algún esfuerzo la intención consciente de caminar en seguimiento de Cristo.

Este camino formativo, sin embargo, ha de hacerse necesariamente acompañado para que el autoengaño no distorsione la percepción de las cosas y para que el discernimiento espiritual entre dos confirme las mociones espirituales.

Durante la etapa del juniorado es frecuente que los atractivos y motivaciones naturales se despiertan con más fuerza frente a las motivaciones vocacionales predominantes en el noviciado. En este contraste, y con ayuda de otros, se pueden conjurar los riesgos señalados y purificar la vocación y la persona en una vocación realista y fecunda, consistente y perseverante, al servicio de Dios y de su pueblo. ■

1 Estas páginas mantienen en buena medida el estilo propio de la conferencia de la que proceden: “Los jóvenes religiosos entre la formación y la misión. ¿Equilibrio o tensión?”.

2 Ver, por ejemplo, A. Cencini – A. Manenti, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*, Paulinas, México 1985; A. López Galindo, *Claves antropológicas para el acompañamiento*, Colección Frontera – Hegian (nº 23), Vitoria 1998.

3 Hemos descubierto un tesoro escondido, que es el atractivo de Jesús: Mateo 13, 44; Marcos 1, 37.

4 “Mi proceder no lo comprendo... puesto que no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”: Romanos 7, 15-19.

5 L. M. Ruilla – F. Imoda – J. Ridick, *Antropología de la vocación cristiana, 2. Confirmaciones existenciales*, S. E. Atenas, Madrid 1992, 180-182.

6 Romanos 8, 29; 12, 2; Efesios 4, 24; etc.

7 Mateo 7, 26-27.

8 Mateo 15, 19; Santiago 1, 12-15; 4, 1-3.

9 Mateo 3, 1-4 y 11, 7-16.

10 Como parece ocurrir a algunos cristianos: 1 Corintios, 1, 12-13 y 3, 4-9. 21-23.

11 Como parece que le sucede a Marta al servir al Señor: Lucas 10, 40-41.

12 No se puede servir a la vez a Dios y a uno mismo: ver Mateo 6, 24.

13 Mateo 13, 44-45.

14 “Todos buscan sus propios intereses, y no los de Jesucristo”: Filipenses 2, 21.

15 1 Tesalonicenses 5, 21.

16 “En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante...”: San Ignacio de Loyola, Ejercicios espirituales, n. 318.

17 2 Timoteo 1, 12.